RAINER MARIA RILKE

ELEGÍAS DE DUINO

Edición bilingüe preparada por
MARIO CAIMI

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2025

Imagen de cubierta: Oskar Schlemmer, *Drei Stehende Figuren* (1942)
y de las guardas: *Komposition auf Rosa* (1916)

Traducción de Mario Caimi
del original alemán *Duineser Elegien* y estudio conclusivo

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2025
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2278-3
Depósito legal: S. 347-2025
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

A modo de prólogo. Carta de Rilke a Witold von Hulewicz, traductor de las *Elegías* al polaco 9

Elegías de Duino

Elegía primera 17
Elegía segunda 25
Elegía tercera 31
Elegía cuarta 39
Elegía quinta 45
Elegía sexta 53
Elegía séptima 57
Elegía octava 65
Elegía novena 71
Elegía décima 77

Estudio conclusivo, de Mario Caimi
A propósito de las «Elegías de Duino» 89
Comentario a cada poema 105

Bibliografía 153
Índice general 157

A MODO DE PRÓLOGO

El fragmento de la carta[1] que Rilke envió como respuesta al traductor de sus obras al polaco sirve de prólogo para la presente edición de las *Elegías*. Witold von Hulewicz había formulado al poeta cuatro preguntas. Las tres primeras referidas a temas editoriales y al pedido de la dirección postal de una persona. En la cuarta, Hulewicz había planteado de forma escueta lo siguiente: «4. Concierne a las *Elegías*», sin continuar la frase. En respuesta, Rilke escribe: «Aquí, querido amigo, yo mismo apenas me atrevo a decir algo. Se podrían intentar algunas aclaraciones siguiendo el texto de los poemas, ¿pero así?».

Dado el interés de las reflexiones sobre las *Elegías* que el poeta desgrana a lo largo de su misiva, ofrecemos el fragmento como pórtico y contexto de esta obra.

Carta de Rilke a Witold von Hulewicz, su traductor al polaco
(13 de noviembre de 1925)

¿Y soy *yo* quien puede dar la explicación correcta de las *Elegías*? Están infinitamente por encima de mí. Las tengo por un desarrollo mayor de aquellos presupuestos esenciales que ya estaban dados en el *Libro de horas*; que en ambas partes de los «nuevos poemas» se sirven, de manera lúdica y tentativa, de la imagen del mundo; y que, reunidos de manera conflictiva en el *Malte*, repercuten en la vida y allí conducen casi a la demostración de que esa vida que pende sobre lo que no tiene fondo es

1. Esta carta del poeta lleva el número 410 en la colección publicada en Rilke (1950), p. 478-485.

imposible. En las *Elegías*, a partir de los mismos datos, la vida vuelve a ser posible e incluso recibe en ellas la afirmación definitiva a la que no podía conducirnos todavía el joven Malte, a pesar de que iba por el camino correcto y difícil de los «longues études». La afirmación de *la vida y la de la muerte resultan ser una sola en las «Elegías»*. Admitir lo uno sin lo otro es –como se comprueba y se celebra aquí– una limitación que excluye absolutamente todo lo infinito. La muerte es la *parte de la vida* que no está vuelta hacia nosotros, que no se nos aparece iluminada: debemos esforzarnos por alcanzar la máxima conciencia de nuestra existencia, que reside en *ambas zonas ilimitadas* y que *se nutre inagotablemente de ambas*… La verdadera configuración de la vida abarca *ambas* regiones; la sangre que circula en el torrente circulatorio mayor las recorre a las dos: *no hay ni más acá ni más allá, sino la gran unidad* en la que residen aquellos seres que nos sobrepasan, los «ángeles».

Y ahora la situación del problema del amor en este mundo ampliado con su mitad mayor; en este *mundo* sólo ahora *completo*, sólo ahora *sano*. Me asombra que para entender las *Elegías* no le presten más ayuda a usted los *Sonetos a Orfeo*, que son, al menos, tan «*difíciles*» como aquéllas y están llenos de la misma esencia. Las *Elegías* fueron comenzadas en 1912 (en Duino); fueron continuadas –fragmentariamente– en España y en París hasta 1914. La guerra interrumpió por completo éste que fue mi trabajo mayor. Cuando en 1922 (aquí) me atreví a retomarlo, se antepusieron a las nuevas *Elegías* y a su conclusión los *Sonetos a Orfeo* (que *no* estaban en mis planes). Éstos se impusieron impetuosamente en pocos días. Como no podría ser de otro modo, tuvieron el mismo «nacimiento» que las *Elegías*. Y como llegaron sin mi voluntad, de manera súbita, por ocasión del temprano fallecimiento de una muchacha, ello los aproxima todavía más a la fuente de su origen. Esa conexión es una referencia más al punto medio de *aquel* reino cuya profundidad e influencia compartimos nosotros, sin limitación alguna, con los muertos y con los seres futuros. Nosotros, estos de aquí

y de ahora, no estamos contentos ni un instante en el tiempo del mundo, ni estamos unidos en él; continuamente pasamos hacia los antepasados, hacia nuestro origen y hacia los que, en apariencia, vienen tras nosotros. No se puede decir que todos *sean* «simultáneos» en aquel máximo mundo «*abierto*», porque es precisamente la supresión del tiempo lo que hace que todos ellos *sean*. Por todas partes la transitoriedad se precipita en un ser profundo. Y así, todas las configuraciones de aquí no solamente deben emplearse dentro de límites temporales, sino que, en la medida en que podamos, deben situarse entre aquellas significaciones superiores en las que tenemos parte. Pero *no en un sentido cristiano* (del que me alejo cada vez más apasionadamente), sino que sólo con una conciencia puramente terrena, profundamente terrena, felizmente terrena hay que introducir en el ámbito más amplio lo que *aquí* se ve y se toca. No en un más allá, cuya sombra oscurece la tierra, sino en una totalidad, en *el todo*. La naturaleza, las cosas que manipulamos y que usamos, son transitorias y caducas; pero mientras estamos aquí son *nuestro* patrimonio, nuestras amistades, conocen nuestra penuria y nuestra alegría, tal como ellas han gozado ya de la familiaridad de nuestros antecesores. Por eso, no hay que denigrar ni rebajar todo lo de aquí, sino que precisamente porque esto comparte con nosotros su carácter provisional debemos comprender íntimamente y debemos transformar esos fenómenos y esas cosas. ¿Transformar? Sí, porque nuestra misión es imprimir en nosotros esta tierra provisional y caduca tan profunda, sentida y apasionadamente que su esencia renazca en nosotros «invisible». *Somos las abejas de lo invisible. Nous butinons éperdument le miel du visible, pour l'accumuler dans la grande ruche d'or de l'Invisible*. Las *Elegías* nos exhiben entregados a esa tarea, a la tarea de transponer continuamente lo visible amado y palpable, en la invisible vibración y excitabilidad de nuestra naturaleza. Esta naturaleza nuestra introduce nuevos índices de vibración en las esferas vibrantes del universo. (Puesto que los diferentes elementos de que está hecho el universo son sólo di-

versos exponentes de vibración, de esta manera producimos no sólo intensidades de género espiritual, sino quién sabe qué nuevos cuerpos, metales, nebulosas estelares y estrellas). Y esa actividad está peculiarmente sostenida y acuciada por la desaparición, cada vez más rápida, de tantas cosas visibles que ya no serán reemplazadas. Todavía para nuestros abuelos una «casa», una «fuente», una torre que les era familiar, incluso su propia ropa, su abrigo, eran infinitamente más, infinitamente más familiares; casi cada cosa era un recipiente en el que encontraban algo humano y en el que depositaban algo humano. Ahora nos vienen de América cosas vacías e indiferentes, apariencias de cosas, *simulacros de vida*… Una casa, entendida al modo americano, una manzana americana o un brote de la vid de allí no tienen *nada* en común con la casa, el fruto, el racimo de uvas que estaban impregnados de la esperanza y de la meditación de nuestros antepasados… Las cosas vivificadas, vividas, *las que nos conocen*, declinan y ya no pueden ser reemplazadas. *Quizá seamos nosotros los últimos que hayan conocido esas cosas*. Tenemos la responsabilidad de conservar no sólo *su* recuerdo (eso sería poco, y no muy fidedigno), sino también su valor humano y lárico («lárico» en el sentido de las divinidades del hogar). La Tierra no tiene otra escapatoria que volverse invisible: invisible *en* nosotros, que con una parte de nuestro ser tenemos parte en lo invisible, y (por lo menos) tenemos certificados de participación en ello y podemos aumentar nuestra posesión de invisibilidad durante el tiempo que estamos aquí. Sólo en nosotros puede efectuarse esta transformación íntima y duradera de lo visible en lo invisible, en algo que ya no depende de lo visible y palpable; tal como nuestro propio destino, en nosotros, sin cesar se vuelve *a la vez algo más presente y algo invisible*. Las *Elegías* establecen esta norma de la existencia. Aseguran esa conciencia y la celebran. La depositan con cuidado entre las tradiciones de esa existencia recurriendo, en favor de esa conjetura, a tradiciones antiquísimas y a rumores acerca de ellas, y evocando incluso en el culto egipcio de los muertos un previo sa-

ber de tales cosas (aunque el «país de las Lamentaciones» por el cual la «lamentación» más anciana guía al joven muerto *no* debe *identificarse* con Egipto, sino sólo, hasta cierto punto, con un reflejo del país del Nilo en la desértica claridad de la conciencia del muerto). Si se comete el error de aplicar a las *Elegías* o a los *Sonetos* conceptos *católicos* de la muerte, del más allá y de la eternidad, uno se aleja por entero del resultado de ellas y se produce una equivocación cada vez más profunda. El «ángel» de las *Elegías* no tiene nada que ver con el ángel del cielo cristiano (antes bien, con las figuras de ángeles el islam)… El ángel de las *Elegías* es aquella creatura en la que aparece ya efectuada la transformación de lo visible en lo invisible, transformación que nosotros realizamos. Para el ángel de las *Elegías* todas las torres y los palacios del pasado existen, *porque* hace mucho que son invisibles; y las torres y los puentes que están presentes en nuestra existencia son *ya* invisibles, aunque (para nosotros) duren corporalmente. El ángel de las *Elegías* es aquel ser cuya misión es reconocer en lo invisible un rango superior de la realidad. Por eso es «terrible» para nosotros, porque nosotros, que lo amamos y transformamos, permanecemos ligados a lo visible. Todos los mundos del universo se precipitan en lo invisible, que es su realidad más profunda y próxima; *algunas estrellas se intensifican súbitamente y desaparecen sumiéndose en la infinita conciencia de los ángeles; otras dependen de seres que las transforman con lentitud y con trabajo, en cuyos espantos y éxtasis alcanzan su próxima realización invisible. Nosotros* –digámoslo una vez más– *en el sentido de las* «*Elegías*» *somos esos transformadores de la Tierra; toda nuestra existencia, los vuelos y las caídas de nuestro amor, todo nos faculta para esa misión* (junto a la cual no hay esencialmente otra). (Los *Sonetos* muestran detalles de esa actividad, que aquí aparece puesta bajo el nombre y el patrocinio de una joven fallecida, cuya vida incompleta y cuya inocencia mantienen abierta la puerta de la tumba, de modo que ella, desaparecida, es una de aquellas potencias que mantienen abierta y fresca la mitad de la vida frente a la otra mitad, herida

abierta). Las *Elegías* y los *Sonetos* se apoyan continuamente entre sí. Y es para mí una gracia infinita haber podido henchir con el mismo aliento esas dos velas: la pequeña vela de los *Sonetos*, color de herrumbre, y la enorme vela blanca de las *Elegías*.

Espero que usted, querido amigo, encuentre aquí alguna orientación y aclaración, y que, en lo demás, se ayude a sí mismo. Pues no sé si yo podría decir algo más.

Suyo,
R. M. Rilke

ELEGÍAS DE DUINO
DUINESER ELEGIEN

Die erste Elegie

Wer, wenn ich schriee, hörte mich denn aus der Engel
Ordnungen? und gesetzt selbst, es nähme
einer mich plötzlich ans Herz: ich verginge von seinem
stärkeren Dasein. Denn das Schöne ist nichts
als des Schrecklichen Anfang, den wir noch grade ertragen,
und wir bewundern es so, weil es gelassen verschmäht,
uns zu zerstören. Ein jeder Engel ist schrecklich.
Und so verhalt ich mich denn und verschlucke den Lockruf
dunkelen Schluchzens. Ach, wen vermögen
wir denn zu brauchen? Engel nicht, Menschen nicht,
und die findigen Tiere merken es schon,
daß wir nicht sehr verläßlich zu Haus sind
in der gedeuteten Welt. Es bleibt uns vielleicht
irgend ein Baum an dem Abhang, daß wir ihn täglich
wiedersähen; es bleibt uns die Straße von gestern
und das verzogene Treusein einer Gewohnheit,
der es bei uns gefiel, und so blieb sie und ging nicht.
O und die Nacht, die Nacht, wenn der Wind voller Weltraum
uns am Angesicht zehrt –, wem bliebe sie nicht, die ersehnte,
sanft enttäuschende, welche dem einzelnen Herzen
mühsam bevorsteht. Ist sie den Liebenden leichter?
Ach, sie verdecken sich nur mit einander ihr Los.
Weißt du's *noch* nicht? Wirf aus den Armen die Leere
zu den Räumen hinzu, die wir atmen; vielleicht daß die Vögel
die erweiterte Luft fühlen mit innigerm Flug.

Elegía primera

¿Quién, si yo gritara, me escucharía, entre las
jerarquías de los ángeles? E incluso, supuesto que uno,
de pronto, me estrechara sobre su corazón: yo sucumbiría ante su
existencia más fuerte. Pues lo bello no es más que
el comienzo de lo terrible, lo más que podemos soportar,
y lo admiramos tanto, porque impasible desdeña
destruirnos. Todo ángel es terrible.
Y por eso me contengo y reprimo la llamada
de un sollozo oscuro. ¡Ah!, ¿a quién podemos
recurrir? No a los ángeles, no a los seres humanos,
y los perspicaces animales pronto advierten
que no estamos con mucha confianza en casa
en el mundo interpretado. Nos queda, quizá,
algún árbol en la ladera, para volver a verlo cada día;
nos queda el camino de ayer
y la fidelidad demorada de una costumbre
a la que le gustó estar con nosotros y que por eso se quedó y no
se fue.
Oh, y la noche, la noche, cuando el viento colmado de espacio
cósmico
nos desgasta el rostro. Con quién no se quedaría ella, la anhelada,
la que dulcemente engaña, la que está, con trabajo,
ante el solitario corazón. ¿Es más liviana para los amantes?
Oh, ellos encubren mutuamente su suerte.
¿No lo sabes *todavía*? Arroja de los brazos el vacío, arrójalo
a los espacios que respiramos; quizá los pájaros
sientan el aire más vasto con un vuelo más íntimo.

ÍNDICE GENERAL

A modo de prólogo. Carta de Rilke a Witold von Hulewicz, traductor de las *Elegías* al polaco 9

ELEGÍAS DE DUINO

Die erste Elegie
Wer, wenn ich schriee, hörte 16

Elegía primera
Quién, si yo gritara, me escucharía 17

Die zweite Elegie
Jeder Engel ist schrecklich. Und dennoch, weh mir 24

Elegía segunda
Todo ángel es terrible. Y sin embargo, ay de mí 25

Die dritte Elegie
Eines ist, die Geliebte zu singen. Ein anderes, wehe 30

Elegía tercera
Una cosa es cantar a la amada. Otra cosa, ay 31

Die vierte Elegie
O Bäume Lebens, o wann winterlich? 38

Elegía cuarta
Oh, árboles de la vida, ¿cuándo seréis invernales? 39

Die fünfte Elegie
Wer aber sind sie, sag mir, die Fahrenden 44

Elegía quinta
Pero dime, quiénes son estos trashumantes 45

Die sechste Elegie
Feigenbaum, seit wie lange schon ists mir bedeutend 52
Elegía sexta
Higuera, cuánto tiempo hace ya que me parece significativo 53

Die siebente Elegie
Werbung nicht mehr, nicht Werbung, entwachsene Stimme 56
Elegía séptima
No más reclamo; no ruego, sino voz que surge de ti 57

Die achte Elegie
Mit allen Augen sieht die Kreatur 64
Elegía octava
Con todos sus ojos ve la creatura 65

Die neunte Elegie
Warum, wenn es angeht, also die Frist des Daseins 70
Elegía novena
Por qué, si es posible recorrer el plazo de la existencia ... 71

Die zehnte Elegie
Dass ich dereinst, an dem Ausgang der grimmigen Einsicht 76
Elegía décima
Quisiera que alguna vez, al final de la terrible comprensión 77

Estudio conclusivo, de Mario Caimi
A propósito de las «Elegías de Duino» 89
Las *Elegías* como un todo. El orden interno de la obra 95
Lo visible, lo invisible y lo abierto 96
Digresión: Rilke, Heidegger y Spinoza sobre la muerte 98
Amor sensual. Sexualidad en las *Elegías* 100
Cronología de las *Elegías* 102

Comentario a cada poema 105
Elegía primera 105
Elegía segunda 111

Elegía tercera 115
Elegía cuarta 119
Elegía quinta 124
Elegía sexta 128
Elegía séptima 131
Elegía octava 134
Elegía novena 140
Elegía décima 145

Bibliografía 153